

Dilema militar

Paco Pérez Caballero

Dilema militar

Por Paco Pérez Caballero



megusta escribir

Capítulo 1

Dilema militar

El relato a continuación es una historia real. No es una ficción creada para el cine, es el relato de una acción militar ejecutada por cascos azules españoles. No es agradable de leer, esto es un aviso.

— M., tengo a la chica a tiro, ¿qué hago?

— No podemos intervenir A.

M. y A. se comunican en morse, lo tienen tan asumido que es como si hablaran de viva voz.

— M., la chica está enterrada hasta los hombros y la van a apedrear hasta la muerte. Hay catorce hijos de puta con piedras pequeñas para hacerla sufrir hasta que muera. Podrían haber cogido piedras grandes para liquidarla rápidamente, pero está claro que han decidido hacerla sufrir.

— A. no puedo autorizarte, no podemos intervenir.

A. habla árabe y ha oído lo que ocurre a ciento cincuenta metros de donde están apostados.

— M., van a matar a esa chiquilla porque es lesbiana.

Sargento M., usted tenía órdenes muy concretas de no intervenir en ese país. ¿Por qué lo hizo?

Perdone, mi comandante, ¿ha estado usted en ese frente?

Sargento, no ponga a prueba mi paciencia. Yo no necesito haber estado en ese frente para juzgar que usted no cumplió las órdenes que tenía.

Comandante, usted tiene una hija lesbiana, ¿verdad?

El comandante, ante una afirmación tan sorprendente, guardó silencio durante unos segundos que le permitieron visualizar a su hija, de quince años, metida en la tierra hasta los hombros, con una capucha en la cabeza, lista para ser apedreada hasta la muerte por catorce radicales. Aunque controló su expresión, cerró los párpados durante dos segundos para borrar esa atrocidad de su mente.

Sargento, su incumplimiento será castigado con veinte días de arresto en el pabellón. A pesar de que es usted un militar muy valioso para el ejército español, está llenando de manchas su hoja de servicio por acciones como la que tratamos hoy.

Comandante, con el debido respeto, aunque seamos militares, también somos seres humanos, de carne y hueso. Teníamos a una chiquilla de menos de veinte años a punto de ser apedreada hasta la muerte y órdenes de no intervenir. Ambas cosas eran incompatibles.

— Adelante, A., acabemos con esto.

Se oyó un zumbido y la cabeza de la chica explotó bajo la capucha como una sandía lanzada desde un tercer piso. Las catorce bestias que esperaban para lapidarla comenzaron a gritar preguntándose qué había pasado. Se pusieron de pie, se interrogaban entre ellos, miraban hacia todos lados. Entonces uno de ellos cayó al suelo con los testículos reventados sangrando como una fuente. Los demás se encogieron por instinto y se esparcieron tan rápido como pudieron, pero A. era muy bueno, muy rápido, muy certero. Disparó trece proyectiles más que hicieron que catorce bestias dejaran este mundo, no de forma inmediata, sino desangrándose poco a poco.

— Sargento M., este consejo de guerra le condena a veinte días de arresto en el pabellón y a la reducción de dos años de su estancia en el ejército.

M. saludó a los oficiales del tribunal y se giró para que la Policía Militar le acompañara hacia su arresto.

Mientras el comandante lo veía abandonar la sala, pensaba obsesivamente en qué habría hecho él si su hija hubiera estado bajo esa capucha y no encontró la respuesta.